



Una aproximación a la biopolítica y la tanatopolítica desde Michel Foucault

por Andi Alberto Vargas Serafin

Michel Foucault (Poitiers, 1926-1984) se ha constituido como uno de los pensadores más influyentes en el ámbito de las ciencias sociales y humanidades en nuestra contemporaneidad; sus obras publicadas en vida, sus cursos dictados en el Collège de France y fuera de este, sus conferencias, sus debates, entrevistas,

artículos e intervenciones públicas han sido y siguen siendo fuente de una multiplicidad de corrientes interpretativas en torno a sus exploraciones, tanto de distinto abordaje como de eje de análisis, pues en estas se advierte una amplia erudición que incluso va más allá de su situación histórica

concreta, en ese sentido, el presente escrito tiene por cometido realizar una exploración alrededor de la biopolítica y la tanatopolítica en la obra de Foucault (la cual no solo se limita a lo publicado en sus libros); con ello se pretende analizar la posición del pensador francés en torno a estas nociones y, a su

vez, dilucidar la operación de estas por medio de las prácticas que generan o suscitan para así entrever su potencial en tanto nociones que configuran parte de la vida social.

LA BIOPOLITICA COMO TECNICA DE PODER

Una de las sendas más trabajadas del amplio horizonte de reflexiones de la obra de Foucault se circunscribe a la noción de biopolítica, tal categoría ha sido centro de estudio y debate por numerosos académicos en el mundo con una pluralidad de sentidos que dicha categoría ha dado lugar a nuevas corrientes interpretativas, líneas de investigación, formulaciones conceptuales y ejes de análisis teniendo por ello una amplia recepción en distintas disciplinas de las ciencias sociales y humanidades.

Si bien es cierto que en la gran mayoría de estudios se alude a las formulaciones de Foucault, cabe decir que la noción de biopolítica antecede su obra, pues de acuerdo con Roberto Esposito (2011) -quien ha sido uno de los primeros autores en haber propuesto una historia conceptual de la biopolítica-, quien fue tal vez el primero en emplear el término biopolítica fue el politólogo sueco Johan Rudolf Kjellén (a él se debe también la acuñación del término "geopolítica") para dar cuenta del Estado como una forma viviente, como un organismo que nace, crece y muere, dando así un énfasis organicista a la política⁶⁵, seguido de esto, se presentaron nuevas exploraciones con diferentes usos del término biopolítica las cuales marcaron ciertas etapas y dieron paso a nuevos sentidos, de modo

que, de acuerdo con Edgardo Castro (2011), ello se puede sintetizar de la siguiente manera:

A partir de Kjellén, es posible distinguir esquemáticamente dos grandes etapas de la biopolítica. En la primera, el término biopolítica hace referencia (en algunos autores ontológica y en otros epistemológicamente) a una concepción de la sociedad, del Estado y de la política en términos biológicos. En la segunda etapa, y en un movimiento inverso al anterior, aunque no sin relaciones con él, el término biopolítica es utilizado para dar cuenta del modo en que el estado, la política y el gobierno se hacen cargo, en sus cálculos y mecanismos, de la vida biológica del hombre. La primera etapa, donde la vida aparece más bien como sujeto de la política, se extiende hasta los años setenta del siglo XX; la segunda, donde la



vida es más bien el objeto de la política, toma forma a partir de los trabajos de Michel Foucault (pp. 22-23).

Al destacar lo anterior, se puede advertir que será Foucault el pensador que le confiera un valor interpretativo distinto a la biopolítica a partir de la década de los años setenta y con ello abrirá nuevas interrogantes que aún están lejos de agotarse, sin embargo, no se puede pasar por alto que, a pesar de la multiplicación de corrientes interpretativas que ha suscitado, en la obra foucaultiana tal noción tenga una escasa atención pues tan solo por señalar algunos aspectos cuantitativos, y siguiendo a Edgardo Castro (2011), en los textos del pensador francés la palabra biopolítica aparece únicamente en tres ocasiones en Historia de la sexualidad

I. La voluntad de saber, publicado en 1976, e incluso, de las más de tres mil páginas que ocupan sus libros, el estudio de la biopolítica abarca únicamente quince, y entre sus escritos compilados en Dits et écrits que van de 1954 a 1988, y sus cursos dictados en el Collège de France en un periodo de 1970 a 1984, la palabra biopolítica se utiliza solo en cincuenta y seis oportunidades (pp. 28-29).

Ahora, dando paso al tratamiento que Foucault realiza en torno a la biopolítica, es menester señalar que fue en el marco de un curso sobre medicina social desarrollado en octubre de 1974, en la Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil, que el pensador francés, en una conferencia titulada "El nacimiento de la medicina social",



hace uso por primera vez del término biopolítica a propósito de señalar que, contrario a la idea que subyace de que la medicina moderna (en la medida que está ligada a una economía capitalista) se ha constituido como una medicina individual, para él, la medicina moderna es una medicina

eminentemente social que, ineludiblemente, se ha conformado como práctica social, a tal punto que si bien podría parecer contradictorio debido a que asistimos a un proceso de privatización de la salud con el capitalismo, Foucault explicita:

Defiendo la hipótesis de que con el capitalismo no se pasó de una medicina colectiva a una medicina privada, sino que ocurrió precisamente lo contrario; el capitalismo que se desarrolló a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, socializó un Defiendo la hipótesis de que con el capitalismo no se pasó de una medicina colectiva a una medicina privada, sino que ocurrió precisamente lo contrario; el capitalismo que se desarrolló a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, socializó un primer objeto, que fue el cuerpo, en función de la fuerza productiva, de

la fuerza de trabajo. El control de la sociedad sobre los individuos no se operó simplemente a través de la conciencia o de la ideología, sino que se ejerció en el cuerpo, y con el cuerpo. Para la sociedad capitalista lo más importante era lo biopolítico, lo somático, lo corporal. El cuerpo es una realidad biopolítica; la medicina es una estrategia biopolítica (1999, pp. 365-366).

En el pasaje anterior Foucault se vale del término biopolítica sin detenerse a desarrollar tal noción, de modo que para dar cuenta de su especificidad será preciso abordar otra parte de su obra, donde dos textos resultan fundamentales en torno a la cuestión de la biopolítica, pues también es preciso señalar que Foucault formula y problematiza la noción de biopolítica en vista de diversos enfoques y

contextos en sus cursos del Collège de France⁶⁶.

Un texto fundamental de la obra foucaultiana —baste decir, el único lugar de sus libros publicados



en vida por Foucault—, que aborda explícitamente la cuestión biopolítica es el último apartado de La voluntad de saber (1976), cuyo título es “Derecho de muerte y poder sobre la vida”; en esta parte, para tematizar sobre

la biopolítica, Foucault (2014b) comienza refiriéndose al poder soberano y su relación con la vida, subrayando que uno de los privilegios característicos del poder soberano fue el derecho de vida y muerte, el cual derivaba de la vieja patria potestas que daba al padre de familia romano el derecho de “disponer” de la vida de sus hijos como de la de sus esclavos, pues si él se la había “dado”, por consiguiente podía quitársela (p. 127). Además, cabe decir que el poder soberano podía disponer de la vida de sus súbditos, ya fuera de manera indirecta, exponiendo su vida en confrontación por la defensa del Estado, o bien, de forma directa, ejerciendo el derecho de matar o castigar a sus súbditos.

En virtud de lo anterior, se puede advertir que

el soberano únicamente ejerce su derecho sobre la vida poniendo en acción su derecho de matar, por consiguiente, el poder que tiene sobre la vida del súbdito se revela a partir de la muerte que puede exigir, de modo que, según Foucault: “El derecho que se formula como ‘de vida y muerte’ es en realidad el derecho de hacer morir o de dejar vivir” (2014b, p. 128), y esto hace, por tanto, que la vida y la muerte ya no se constituyan como cualidades o fenómenos naturales sino que ambas sean derechos dentro del poder político del soberano, ello debido a que así lo pretende su voluntad.

Esta forma de poder, que después de todo era simbolizado por la espada, se caracteriza así por el privilegio del derecho de vida y muerte, de tal manera que el soberano puede hacer

morir y dejar vivir, lo cual permite entrever que se ejerce de una manera desequilibrada, o sea, del lado de la muerte.



Por otra parte, y para profundizar lo que hasta ahora se viene enunciando, resulta ineludible revisar la clase del 17 de marzo de 1976 con la que Foucault cierra su curso en el Collège de France denominado Defender la sociedad

(1975-1976), pues tiene una posición relevante ya que se sitúa en medio de las publicaciones de Vigilar y castigar (febrero de 1975) y La voluntad de saber (diciembre de 1976), en tal clase Foucault argumenta:

Una de las transformaciones más masivas del derecho político del siglo XIX consistió, no digo exactamente en sustituir, pero sí en completar ese viejo derecho de soberanía —hacer morir o dejar vivir— con un nuevo derecho, que no borraría el primero pero lo penetraría, lo atravesaría, lo modificaría y sería un derecho o, mejor, un poder exactamente inverso: poder de vivir y morir. El derecho de soberanía es, entonces, el de hacer morir o dejar vivir. Y luego se instala el nuevo derecho: el de hacer vivir y dejar morir (2014, p. 218).

De acuerdo con esto, se suscita una transformación en la mecánica de poder que subsana la disimetría del poder soberano sobre la vida y muerte de los súbditos, de tal manera que, de acuerdo con Foucault (2014b), si antaño “el poder era ante todo derecho de sustracción: de las cosas, del tiempo, los cuerpos y finalmente la vida” (p. 128), ahora, por su parte, “se constituye un poder destinado a producir fuerzas, a hacerlas crecer y ordenarlas más que a obstaculizarlas, doblegarlas o destruirlas” (p. 128), en consecuencia, el derecho de muerte tendió a desplazarse a un poder que administra la vida, y que tiene como fin asegurarla, mantenerla y desarrollarla; en suma, el pasado derecho de hacer morir o dejar vivir es reemplazado por el poder de hacer vivir o dejar morir.

Este tipo de poder, que se ejerce positivamente sobre la vida, es lo que Foucault denomina biopoder⁶⁷, y se manifiesta en lo que llama: “la descalificación



progresiva de la muerte” (2014, p. 223), donde reside una transformación de las tecnologías de poder, de tal forma que ahora procura administrar la vida, así como aumentarla, multiplicarla, ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones generales.

Pues bien, este ejercicio de poder (biopoder), que mantiene una relación positiva con la vida mientras que la fomenta y la sustenta, se desarrolla desde el siglo XVII en dos formas, de tal manera que desde fines del siglo XVII y durante el siglo XVIII se da la aparición de ciertas técnicas de poder que se centran esencialmente en el cuerpo individual, donde se suscitan procedimientos como la distribución espacial de los cuerpos, su adiestramiento, la extracción de sus fuerzas, etc., en fin, procedimientos de poder característicos de las disciplinas, o sea, una anatomopolítica del cuerpo humano. Empero, lo que nos interesa destacar aquí es que durante la segunda mitad del siglo XVIII aparece una nueva tecnología de poder que, a diferencia de la anatomopolítica que se dirige al cuerpo individual,



según Foucault: “se aplica a la vida de los hombres e, incluso, se destina, por así decirlo, no al hombre/cuerpo sino al hombre vivo, al hombre ser viviente; en el límite, [...] al hombre/especie” (2014, p. 220).

En ese sentido, de acuerdo con Foucault

(2014), mientras la disciplina “trata de regir la multiplicidad de los hombres en la medida en que esa multiplicidad puede y debe resolverse en cuerpos individuales que hay que vigilar, adiestrar, utilizar y, eventualmente, castigar” (p. 220), la biopolítica, en cuanto nueva tecnología

de poder “está destinada a la multiplicidad de los hombres, pero no en cuanto se resumen en cuerpos sino en la medida en que forman, al contrario, una masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la



enfermedad, etcétera” (p. 220).

En suma, luego de un ejercicio de poder sobre el cuerpo que se produce en el modo de la individualización, ahora deviene un ejercicio que no es individualizador sino masificador, que no se dirige al hombre-cuerpo sino al hombre-especie, por lo tanto, indica Foucault: “Luego de la anatomopolítica del cuerpo humano, introducida durante el siglo XVIII, vemos aparecer, a finales de éste, algo que ya no es esa anatomopolítica sino lo que yo llamaría una biopolítica de la especie humana” (2014, p. 220).

Al respecto, cabe resaltar que para Foucault esto representó la entrada de la vida en la historia, más precisamente, la vida de la especie humana, en el campo de las técnicas políticas pues por primera

vez lo biológico se reflejaba en lo político, de tal modo que el hecho de vivir ahora pasa al campo de control del saber y de intervención del poder, así, éste ya no tiene que vérselas solo con sujetos de derecho sobre los cuales el último ejercicio de poder era la muerte (poder soberano), sino con seres vivos (Foucault, 2014b, p. 135).

Es por tal razón que la especie humana, en cuanto especie biológica, entra a formar parte de las estrategias políticas, y es justo a raíz de esto que, según Foucault, la humanidad ha alcanzado lo que se podría llamar su “umbral de modernidad biológica”, tal es así que argumenta: “Durante milenios, el hombre siguió siendo lo que era para Aristóteles: un animal viviente y además capaz de una existencia política; el hombre moderno es un animal en cuya política

está puesta en entredicho su vida de ser viviente” (2014b, p. 135).

Por lo anterior, es preciso remarcar que esta nueva tecnología de poder ya no se relaciona con sujetos de derecho como sería propio del ámbito de la soberanía sino con seres vivos franqueados por Por lo anterior, es preciso remarcar que esta nueva tecnología de poder ya no se relaciona con sujetos de derecho como sería propio del ámbito de la soberanía sino con seres vivos franqueados por procesos de natalidad, morbilidad, longevidad y mortalidad, que a su vez, desarrollan su existencia en un medio atravesado por diversos efectos geográficos, climáticos, etc., por lo tanto, de acuerdo con Foucault: “La biopolítica va a extraer su saber y definir el campo de intervención de su poder en la natalidad, la morbilidad, las



diversas incapacidades biológicas y los efectos del medio” (2014, p. 222), de ahí se puede entrever que el punto de inflexión es una política plegada de aspectos biológicos, la cual deviene en una racionalidad administrativa.

Ahora bien, es importante señalar que para Foucault la biopolítica, con sus campos de intervención, trae a colación un nuevo elemento que no es ni el individuo ni la sociedad ya conocidos por la teoría del Derecho, sino que esta nueva tecnología de poder acarrea la noción de “población”, que en su consideración:

Se trata de un nuevo cuerpo: cuerpo múltiple, cuerpo de muchas cabezas, si no infinito, al menos necesariamente innumerable. [De ahí que] la biopolítica tiene que ver con la población, y ésta como problema político,

como problema a la vez científico y político, como problema biológico y problema de poder (2014, p. 222).

Una vez marcado esto, cabe puntar que este nuevo cuerpo se transformará en el problema político central y según Foucault (1999b) —en una conferencia dictada en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bahía, Brasil, que se encuentra en sintonía con los textos que se vienen abordando pues es de 1976—, a partir de esto es que:

Se cae en la cuenta [...] de que la relación del poder con el súbdito (sujet) o, mejor, con el individuo, no debe ser simplemente esa forma de sujeción (sujétion) que permite al poder quitarle al súbdito los bienes, las riquezas y eventualmente su cuerpo y su sangre, sino que el poder se debe ejercer

sobre los individuos en tanto que constituyen una especie de entidad biológica (p. 245).

Por consiguiente, se descubre que sobre lo que se ejerce el poder es sobre la población y Foucault argumenta que tal categoría:

No quiere decir simplemente un grupo humano numeroso, sino seres vivos atravesados, mandados y regidos por procesos y leyes biológicas. Una población tiene una tasa de natalidad, de mortalidad, tiene una curva y una pirámide de edad, una morbilidad, un estado de salud, una población puede perecer o puede, por el contrario, desarrollarse (1999b, p. 245).

En vista de lo anterior, se puede notar que los fenómenos que toma en

cuenta la biopolítica son fenómenos colectivos, de tal modo que “son fenómenos aleatorios e imprevisibles si se los toma en sí mismos, individualmente, pero que en el nivel colectivo exhiben constantes que es fácil, o en todo caso posible, establecer” (Foucault, 2014, p. 222), por consiguiente, la biopolítica abordará esos eventos aleatorios que se producen en su permanencia en cierta población y, en esencia, tratará de intervenir en el horizonte de las determinaciones de esos fenómenos generales, o sea, en lo que tienen de global; de ello se puede entrever que estará atenta a determinar, de manera general, la existencia de estos fenómenos, esclareciendo así que su principal asunto de atención es la vida misma en su desarrollo, y al respecto indica Foucault:





Será preciso modificar y bajar la morbilidad; habrá que alargar la vida; habrá que estimular la natalidad. Se trata, sobre todo, de establecer mecanismos reguladores que, en esa población global con su campo aleatorio, puedan fijar un equilibrio, mantener un promedio, establecer una especie de homeostasis,

asegurar compensaciones; en síntesis, de instalar mecanismos de seguridad alrededor de ese carácter aleatorio que es inherente a una población de seres vivos; optimizar, si ustedes quieren, un estado de vida (2014, p. 223).

Ahora surge algo importante de señalar y es que en tanto el

interés de la biopolítica es intervenir al nivel de las determinaciones de fenómenos generales, cabe dar cuenta que se vuelven importantes las estimaciones estadísticas, demográficas, globales y toda una serie de mecanismos reguladores que puedan fijar un equilibrio en la población para establecer la

seguridad del conjunto con respecto a sus peligros internos pues lo que se busca es generar un sistema de regulación de la vida de la población, ello en razón de optimizarla, es decir, que no se atenúe.

Por tanto, se puede advertir que ya no se trata de tomar al individuo en el nivel del detalle mediante las técnicas de la disciplina, sino, más bien, de actuar mediante mecanismos globales, de tal forma que se obtengan estados íntegros de equilibrio en la población, tomando en cuenta la vida a partir de los procesos biológicos del hombre/especie y asegurar en ellos una regulación, por todo esto es que de acuerdo con Foucault: "El descubrimiento de la población es, a la par que el descubrimiento del individuo y del cuerpo adiestrables, el otro gran núcleo tecnológico

en torno al cual se han transformado los procedimientos políticos de Occidente" (1999b, p. 246).

Ahora bien, después de todo lo explicitado en esta parte referente a los mecanismos y procedimientos de los que se vale la biopolítica para gestionar y potenciar la vida, surge un cuestionamiento con respecto a la deriva de su operación, pues cómo es posible que esta tecnología política que tiene como foco de atención la vida humana y todos sus procesos biológicos que, además, tiene como centro el hacer vivir, pase a transformarse o devenga en una técnica capaz de hacer morir, es decir, ¿cómo es posible que la biopolítica se convierta en tanatopolítica?

Para tratar de dilucidar esta interrogante en

la siguiente parte se abordará la posición de Foucault concerniente a tal deriva y también se tomará en cuenta la perspectiva del filósofo italiano Giorgio Agamben (Roma, 1942) ya que por sus estudios se ha posicionado como gran referente en lo relativo a la biopolítica y lo que podría concebirse como su deriva negativa.

La tanatopolítica como deriva de la biopolítica

Foucault situó en escena el hecho de que la política cada vez se caracteriza por una estrecha relación con la vida, poniendo de relieve a la biopolítica como la tecnología política por medio de la cual las sociedades occidentales introdujeron como valor preponderante la vida, empero, al emprender una exploración en lo concerniente a su deriva tanatopolítica,

en principio parece relativamente problemático sostener que desde el siglo XVIII este nuevo mecanismo de poder tiene como preocupación fundamental el hacer vivir, siendo que en el siglo anterior se produjeron genocidios que, más bien, tuvieron como centro el hacer morir; con respecto a esto, la posición y apuesta de Foucault es mostrar que estos genocidios, particularmente el nazi, revelan a un Estado aniquilando biopolíticamente, es decir, matando para proteger o asegurar la vida.

A la sazón, de la clase del 17 de marzo de 1976 con la que Foucault cierra su curso *Defender la sociedad* (1975-1976) —y que ya se ha venido señalando—, se puede tomar una pequeña parte como referente al abordaje de la

tanatopolítica (cabe decir que el pensador francés no se vale de dicho término), la cual está mayormente enfocada al racismo como mecanismo del que se puede valer el Estado para ejercer un poder de muerte.

Al respecto, Foucault considera que el racismo es un medio para introducir un corte entre lo que debe vivir y lo que debe morir ya que produce una cesura de tipo biológico —justo dentro del dominio biológico que aborda la biopolítica— que permite establecer una relación positiva del tipo: “cuanto más dejes morir, más, por eso mismo vivirás” (2014, p. 230), y con ello suscita una relación netamente biológica entre vida y muerte, en el sentido de que, más que suprimir a determinados adversarios en un sentido político, lo que importa eliminar



son los peligros, internos o externos, que puedan presentarse o devenir a la población, de manera que, según Foucault (2014), el imperativo de muerte solo es admisible en la biopolítica si tiende a la eliminación del peligro biológico y al fortalecimiento, directamente ligado a ese eliminación, de la especie misma o la raza (p. 231).

Por lo anterior, es menester señalar que, siguiendo a Foucault, el racismo es indispensable como condición para poder dar muerte a alguien y la función mortífera de la biopolítica, con lo cual devendría en tanatopolítica, solo puede ser asegurada por el racismo, de manera que si la biopolítica quiere ejercer el viejo derecho soberano de hacer morir es preciso que pase por el racismo y, a la inversa, si un poder de soberanía (que tiene derecho de vida

y muerte) quiere funcionar con los instrumentos y mecanismos de la biopolítica, también es preciso que pase por el racismo (Foucault, 2014, p. 231).

Ahora bien, es pertinente señalar que para Foucault este racismo está lejos de ser un racismo estrictamente de desprecio u odio de razas, de igual modo, dista de ser alguna mentalidad o una especie de operación ideológica ya que la especificidad de lo que él deduce por racismo está ligada a la tecnología del poder, de ahí que, según Foucault (2014): “El racismo está ligado al funcionamiento de un Estado obligado a servirse de la raza, de la eliminación de las razas y de la purificación de la raza, para ejercer su poder soberano” (p. 233), y en razón de esto, siguiendo su perspectiva, se puede advertir cómo y



por qué los Estados más asesinos son, al mismo tiempo e ineludiblemente, los más racistas.

Por lo señalado arriba, vale considerar como ejemplo el nazismo, pues si bien es cierto que no es el primer Estado en valerse del racismo para poner en marcha el hacer morir⁶⁸, de acuerdo con Foucault:

El nazismo es, en efecto, el desarrollo paroxístico de los nuevos mecanismos de poder que se habían introducido desde el siglo XVIII. Por supuesto, no hay Estado más disciplinario que el régimen nazi; tampoco Estado en que las regulaciones biológicas vuelvan a tomarse en cuenta de manera más porfiada e insistente (2014, p. 233).

En ese sentido, y siguiendo a Foucault, se puede considerar el

nazismo como ejemplo hito de la transformación de la biopolítica en tanatopolítica, pues lo que proyectó el Estado nazi, además de asegurar y gestionar enteramente la vida de la población a través de procedimientos propios de la biopolítica, también produjo y generalizó el antiguo poder soberano de matar, a tal punto que atravesaba toda la sociedad en la medida en que no solo el Estado tenía el derecho y decisión de vida y muerte sino que podía ser o asumirse como soberano cualquier persona en el ejercicio de decidir sobre la vida de otros, y esto simplemente por efectuar una denuncia, suscitándose con ello una gran multiplicación del derecho de matar y, conjuntamente, de exposición a la muerte.

Ahora, es preciso indicar que por todo esto que se suscita en el nazismo,

para Foucault se presenta algo extraordinario y es que la sociedad nazi, al mismo tiempo que generalizó de forma imperiosa la biopolítica, también generalizó el derecho soberano de matar, de manera que en ésta, según el pensador francés (2014): “Los dos mecanismos, el clásico y arcaico que daba al Estado derecho de vida y muerte sobre sus ciudadanos, y el nuevo mecanismo organizado alrededor de la disciplina y la regulación, en síntesis, el nuevo mecanismo de biopoder, coincidieron exactamente” (p. 234).

Es por esto que el nazismo representa para Foucault un fenómeno hito que conjuntó e hizo coextensivos dos mecanismos de poder los cuales tenían como eje el racismo, llevando hasta el paroxismo la práctica del derecho soberano

de matar, en conjunto con el despliegue de procedimientos propios de la biopolítica que tienen por finalidad asegurar la vida, de manera que la acción de hacer vivir o hacer morir está en una línea muy delgada que tiende poco a poco a transmutar de una a la otra, es decir, de biopolítica a tanatopolítica y a la inversa, y resulta importante destacar tal aspecto pues para Foucault (2014), este hecho del pasar de un procedimiento a otro (donde ambos tienen como centro la vida), pareciera ser que está inscripto en el funcionamiento de todos los Estados modernos (p. 235).

Una vez llegados a este punto, y para tratar de ampliar lo que se ha venido señalando, cabe traer a colación los análisis de Agamben pues ha sido uno

de los pensadores más destacados con respecto a la recepción y ampliación de los estudios interpretativos de la biopolítica y en sus tesis se puede advertir cierto interés por tratar de dilucidar el viraje de la biopolítica en tanatopolítica.

Pues bien, en la obra que lo posicionó como gran referente de la filosofía política contemporánea *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*⁶⁹, de 1995, el pensador italiano observa que Foucault no extendió su investigación a lo que de acuerdo con él son “los lugares por excelencia de la biopolítica moderna: el campo de concentración y la estructura de los grandes Estados totalitarios del siglo XX” (Agamben, 2019, p. 13), de ahí que se plantee afrontar tales aspectos en su obra, no obstante, y con respecto

a lo que nos interesa destacar, por principio Agamben explicita que: “La producción de un cuerpo biopolítico es la aportación original del poder soberano. La biopolítica es, en este sentido, tan antigua al menos como la excepción soberana” (2019, p. 16).

Por tal tesis, se puede advertir que para Agamben (distanciándose de lo propuesto por Foucault), el poder soberano que tenía el derecho de dar muerte es precisamente lo que faculta la operación de la biopolítica, y en tal sentido, para él, la biopolítica no es un nuevo mecanismo de poder que haya superado al poder soberano sino que, más bien, ambos siempre han estado significativamente relacionados, lo cual implica que la biopolítica no es un fenómeno moderno y, en último término,



que la biopolítica tenga como deriva ineludible la tanatopolítica.

En esa línea, es menester señalar que para el pensador italiano la biopolítica moderna tiene como operación inicial hacer de la vida biológica una caracterización política, es decir, hacer político inmediatamente

el dato biológico, por tal carácter, la vida llega a adquirir cierto valor para la política, y ya que mantiene estrecha relación con la decisión soberana y su derecho de dar muerte, el valor de la vida es lo que se torna el aspecto central para potenciar o suprimir a ésta, es decir, para hacer vivir o hacer morir, y en

razón de esto, Agamben explicita que:

En todo Estado moderno, hay una línea que marca el punto en el que la decisión sobre la vida se hace decisión sobre la muerte y en que la biopolítica puede, así, transformarse en tanatopolítica, [sin embargo] esta línea ya no se presenta hoy como una

frontera fija que divide dos zonas claramente separadas: es más bien una línea movidiza tras de la cual quedan situadas zonas más y más amplias de la vida social (2019, p. 155).

Por lo anterior, puede enunciarse que para Agamben estamos situados en un umbral donde no es claro distinguir entre ciertos mecanismos que permiten asegurar la vida o, en su defecto, aniquilarla, pues ya no existe una línea tangible que permita dar cuenta de la especificidad de cada procedimiento, de manera que, siguiendo su reflexión, el hacer vivir no es propiamente lo único que potencia la biopolítica ya que ésta, al estar en una línea movidiza o de indeterminación, puede también producir el hacer morir y aniquilar vidas en razón de aumentar otras, y en esa medida,

deviene su facultad de transformarse en tanatopolítica.

Para tratar de entrever esta deriva de la biopolítica, Agamben centra su atención en lo que para él constituye el lugar por excelencia de la biopolítica moderna: el campo de concentración, (en este caso, al igual que Foucault, tomará como ejemplo lo suscitado en el nazismo) pues, según su perspectiva, es “el más absoluto espacio biopolítico que se haya realizado nunca, en el que el poder no tiene frente a él más que la pura vida sin mediación alguna” (Agamben, 2019, p. 217).

Al respecto, y partiendo de la especificidad de tal espacio, para Agamben el campo de concentración constituye un espacio de excepción donde no solo la ley se suspende sino que, además, impera una completa indeterminación

entre hecho y derecho, de ahí que todo es verdaderamente posible pues cualquier gesto o acontecimiento que se presente, desde el más ordinario al más excepcional, produce cierta decisión sobre la vida, a tal punto que el guardián o funcionario se constituye como soberano que decide sobre el valor de ésta, y por tanto, tiene la facultad de hacer morir ya que la vida al estar en una zona extrajurídica no representa más que un cuerpo.

En vista de esto último, Agamben en su obra *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo* de 1998 (parte tres de su proyecto *Homo Sacer*, más publicada en continuación de la que se ha venido señalando), argumenta que por lo ocurrido en los campos de concentración nazis, no se puede hablar propiamente de dejar morir (efecto



que sería proporcional de la operación biopolítica) pues de acuerdo con el pensador italiano: “En Auschwitz no se moría, se producían cadáveres. Cadáveres sin muerte, no-hombres cuyo fallecimiento es envilecido como producción en serie” (Agamben, 2000, p. 71), por ello se puede explicitar que lo acontecido en los campos de concentración nazis está situado más concretamente en la operación de la tanatopolítica.

Finalmente, y por todo lo señalado hasta ahora, se puede dar cuenta que para el pensador italiano nos encontramos situados en un umbral entre la operación de un mecanismo y otro pues por su despliegue ya no es posible distinguir cierta frontera, y en ese sentido, Agamben argumenta que: “Una absolutización sin precedentes del

biopoder de hacer vivir se entrecruza con una no menos absoluta generalización del poder de hacer morir, de forma tal que la biopolítica pasa a coincidir de



forma inmediata con la tanatopolítica” (2000, p. 83).

Por consiguiente, es posible enunciar que por el modo de distenderse de ambos procedimientos, ya no hay límite fijo que permita dar cuenta de la especificidad de su operación así que la línea entre el hacer vivir y el hacer morir llega a empatarse, a tal punto que se produce un poder mortífero que da muerte a determinadas vidas para asegurar algunas más, o a la inversa, se produce una regulación total para potenciar la vida arrojando a la muerte a otras.

Conclusiones generales

Después de todo lo que se ha abordado en el escrito no resta más que situar ciertos puntos con respecto a cada una de las nociones desarrolladas, así como también a la posición de Foucault con relación con estas. En cuanto a la biopolítica, es preciso señalar que

el pensador francés considera que es una técnica de poder dirigida a una multiplicidad de individuos en tanto población, con la pretensión de gestionar los aspectos que devienen a la vida en general.

Por tal sentido, esta técnica de poder se vale de procedimientos que tienen como función central regular la vida y potenciarla ya que a diferencia del antiguo poder soberano, que tenía el derecho de hacer morir o de dejar vivir, ésta se configura como técnica que tiene por operación el hacer vivir y dejar morir, de ese modo la biopolítica tiene por objeto y blancos de control, fenómenos biológicos como la fecundidad, natalidad, morbilidad, mortalidad, etc., así como también los efectos del medio geográfico y aspectos relacionados a la higiene pública, por lo cual, se

puede advertir que su operación se extiende prácticamente a todo aquello que deviene a la vida del ser humano en tanto especie.



Por otra parte, es pertinente señalar que la biopolítica no excluye los mecanismos de la

anatomopolítica, es decir, del ejercicio de poder disciplinario pues ambas técnicas denotan ciertas relaciones y pueden ser complementarias una a la otra, sin embargo, la importancia capital de la biopolítica en nuestra contemporaneidad radica en que ésta ya no solo apunta al individuo-cuerpo y su control, sino a la población en general, por lo que puede arrogarse a administrar, asegurar y, evidentemente, controlar el desarrollo de la vida desde una perspectiva masiva, regularizándola acorde con las políticas y circunstancias que suponga necesarias para potenciar la vida.

En virtud de esto, y puesto que la biopolítica no solo es una estrategia propia de un Estado sino que es, más bien, el horizonte político en el cual nos encontramos, es menester indicar que

pareciera ser que en ciertas circunstancias estamos en un umbral entre mecanismos que tendrían por función el aumentar la vida (hacer vivir), y mecanismos que pueden devenir en el aniquilamiento (hacer morir), y esto se evidencia en situaciones donde para acrecentar la vida es preciso valerse del tildar a otras vidas como peligros y así aminorar sus condiciones para potenciar a otras, y es en este aspecto que pareciera ser que la biopolítica tiene la facultad de transmutar en su deriva contraria, es decir, en tanatopolítica.

En lo concerniente a tal deriva, como se indicó en el texto, Foucault tomó como ejemplo lo desarrollado por el Estado nazi para señalar que éste se valió del racismo para efectuar una operación biopolítica que fue llevada hasta su

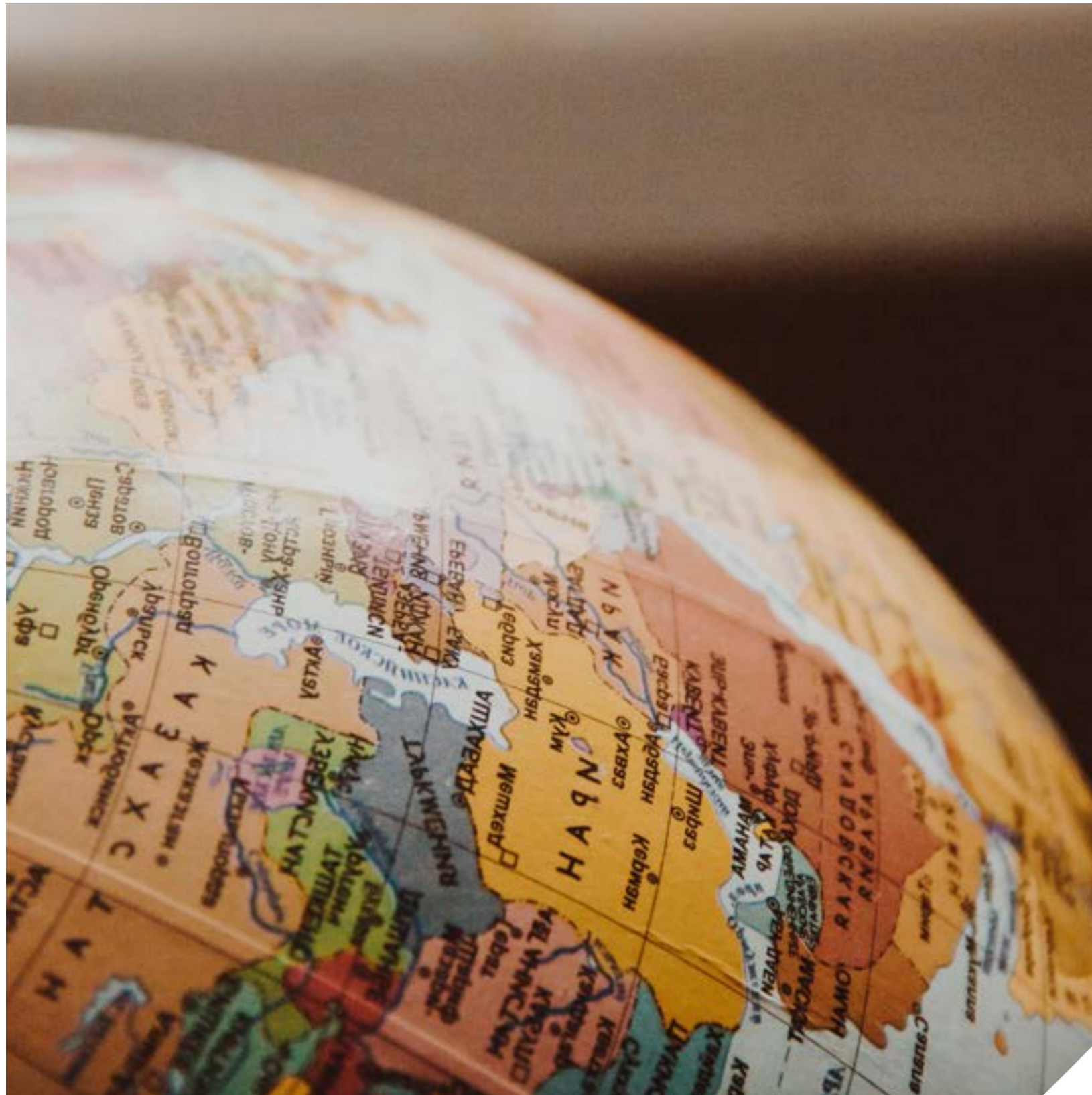
paroxismo a tal punto que devino en tanatopolítica, empero, la importancia de señalar esto es que lo desarrollado por el nazismo puede extenderse a cualquier Estado pues pareciera ser que ya no existe alguna línea fija que permita delimitar alguna frontera entre el hacer vivir o el hacer morir, a tal punto que, incluso, ambos aspectos pueden llegar a empatarse y con ello producir un poder mortífero capaz de aniquilar vidas en vista de potenciar a otras.

Este es el horizonte en el que estamos situados, de manera que argumentamos que la tarea que nos compete ahora es problematizar cómo y en qué medida podríamos sondear ciertos mecanismos de la biopolítica que tienen por función gestionar la vida entera y con ello configurar una determinada subjetividad,

asimismo, cavilar respecto de los peligros que puede suscitar la tanatopolítica como deriva contraria de la biopolítica para no consentir su operación.

Por último, es menester enunciar que si bien el escrito tuvo como interés principal el efectuar cierto tipo de análisis en torno a las nociones que ya se han señalado desde la obra de Foucault, también guardó interés por acometer cierta exploración con respecto a la obra de principio y mediados de 1970 del pensador francés pues es una senda significativa en sus reflexiones, de ahí el puntear los lugares, las fechas de las intervenciones y los textos para dar cuenta del espacio en el cual se sitúan dentro de toda su amplia producción teórica.





Referencias

- Agamben, G.** (2000). Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III. Pre-Textos.
- Agamben, G.** (2019). Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida I. Pre-Textos.
- Castro, E.** (2011). Lecturas foucaulteanas. Una historia conceptual de la biopolítica. Unipe Editorial.
- Esposito, R.** (2011). Bíos. Biopolítica y filosofía. Amorrortu.
- Foucault, M.** (1999). El nacimiento de la medicina social. En Foucault, M., Estrategias de poder. Obras esenciales, vol. II (pp. 363-384). Paidós.
- Foucault, M.** (1999b). Las mallas del poder. En Foucault, M., Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales, vol. III (pp. 235-254). Paidós.
- Foucault, M.** (2014). Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976). Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M.** (2014b). Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber. Siglo XXI.
- Foucault, M.** (2015). Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. Siglo XXI.